

DEBATE

*Chile: la memoria histórica**

MEMORIA SOCIAL, ENSAYO HISTORIOLOGICO —PRIVADO— Y TEORÍA CRÍTICA

Gabriel Salazar

I

El inesperado arresto del ex dictador Augusto Pinochet, llevado a cabo por el aparato judicial inglés a petición de los jueces españoles y ante la notoria negligencia de la justicia chilena para juzgar sus crímenes contra la humanidad, ha producido lo inevitable: el vaciamiento de la memoria oficial acerca de la transición política de la dictadura neoliberal a la democracia neoliberal en Chile. Memoria que, como se sabe, reputó como «ejemplar» el traspaso que el dictador hizo a los políticos civiles del sistema estatal «legalizado» por la misma dictadura en la Constitución de 1980. El intento por mitificar ese traspaso era necesario, sin duda, para encubrir de algún modo la total falta de legitimidad del régimen establecido por esa Constitución y olvidar, en la medida de lo posible, la violación de derechos humanos perpetrada masivamente por los «hombres» de Pinochet para montar ese régimen.

El vaciamiento de la memoria oficial

dejó al desnudo un hecho contundente, a saber: que la instalación de la clase política civil en el «sistema democrático» diseñado por la clase política militar se realizó sobre la base de preservar «legalmente» la legitimidad del nuevo régimen y de asegurar, en el marco de esa legalidad, impunidad para los que, al construir esa legalidad y forzar su preservación, perpetraron múltiples crímenes contra la humanidad.

El más bien burdo intento por mitificar lo que se consideró una «transición ejemplar» no fue sino un alegato de legitimación tardío (tras los hechos consumados) para un régimen instituido por la fuerza y preservado por una negociación opaca; proceso del que se excluyó, en todo momento, a la participación ciudadana. Alegato de legitimación (o sea: mentira de legitimidad) que, cual farsa grotesca, obligado por la disciplina constitucional, el Gobierno del presidente Frei debe hoy pronunciar ante el mundo. «Protegiendo» de hecho a los criminales de la pre-transición. Salvaguardando de hecho la legitimación de la ilegitimidad.

El vaciamiento de la memoria pública contrasta con la creciente expansión en Chile de la voluntad social de recordar. Como fantasmas, los eventos sociales de recordación recorren el país, de norte a

* Debate sobre el libro de Tomás Moulián, *Chile actual: anatomía de un mito*, Santiago de Chile, Arcis-Lom, 1997. El Consejo de Redacción de la RIFP desea agradecer a José Jara su ayuda en la elaboración de este debate.

sur. Setenta mil personas se reunieron recientemente, al menos en dos ocasiones, para recordar a los «héroes políticos» de los años sesenta y setenta (Che Guevara, Allende, Miguel Enríquez). Decenas de miles se han reunido para recordar a los «héroes musicales» de ese tiempo (Violeta Parra, Víctor Jara), mientras centenas de personas llenan los auditorios académicos para recordar períodos históricos cruciales (de la Unidad Popular, de los últimos 25 años), para recibir la nueva producción historiográfica (lanzamientos de libros) e incluso para profundizar la «memoria histórica» del siglo XX. Y en noviembre de 1997, treinta mil personas subieron desde el puerto de Iquique hasta la Oficina Santa Laura, en pleno desierto salitrero, para recordar la masacre de la Escuela Santa María, de 1907. Y es notable que esta voluntad social de recordar pasee su fantasma, también, sobre casi todo el orbe, siguiendo la ancha cartografía del exilio. El triunfo militar del neoliberalismo en Chile —que llevó la «guerra sucia» más allá de las fronteras— cubrió el mundo de recuerdos que nadie quiere borrar.

A la voluntad político-militar de matar se encadena férreamente, con igual y aun mayor intensidad, la voluntad social de recordar. Y si la primera elimina y aplasta, la segunda levanta héroes y mitos, convirtiendo los anti-valores del dolor y la derrota en los fundamentos positivos de una identidad flexible. De este modo, el período 1960-1987, que el actual régimen neoliberal necesita convertir en vacío amnésico, tiende a convertirse, en la memoria social, en un imponente mausoleo mitificado, coronado de héroes, sostenido por mártires y rodeado de una bullente cultura simbólica, poblada de ritos, insignias, banderas, himnos, iconos y pendones, que no sólo no desfallece, sino que se convierte en creciente contraseña de iden-

tividad y reagrupación. En semilla para nuevos y nuevos eventos recordatorios.

¿Pudo la (frágil) memoria oficial impedir o derribar, con sus tardíos alegatos de legitimación, el bloque monumental que, día a día, erige la memoria social? Está claro que no pudo impedirlo, y es poco probable, tras el paso de Pinochet por la justicia inglesa (o española), que pueda derribarlo. Pues el bloque erigido por la memoria social surgió para quedarse, sin duda, por mucho tiempo como hito de su victoriosa revancha (cultural), no sólo sobre la dictadura de Pinochet, sino también sobre su obra ahora «legalizada» y sobre la tristemente célebre «transición».

La memoria social, sin embargo, es aun más compleja que eso. Su tendencia a mitificar el período 1960-1985 en torno a las gestas que terminaron en derrota y a los héroes (de perfil nacional o local) que murieron, no es única. Pues a ella se suma otra tendencia mitificadora, que se centra, ahora, en la capacidad de resistencia global desplegada por los que sobrevivieron durante el período 1978-1992, especialmente. La memoria social está radicada, precisamente, en ellos. Y en ellos —según revelan sus testimonios e historias de vida—, la memoria social trabaja articulada en dos estratos: el que mitifica el período 1960-1987 en torno a héroes nacionales, y el que mitifica el período 1978-1992 sobre el heroísmo anónimo de ellos mismos. Donde el primero mitifica la derrota, el dolor y la muerte, y donde el segundo mitifica la capacidad de resistencia, de reagrupación, la supervivencia económica y la construcción social de identidad y comunidad (el segundo estrato está notoriamente mejor tipificado en el caso de las mujeres de los barrios marginales).

La memoria social *de los setenta* es cualitativamente distinta de la *de los ochenta*, pero ambas se articulan en una misma conciencia histórica, en una misma

relación dialéctica, que tiende a presidir e inspirar la acción popular *de los noventa*. Nótese que ambas están cargadas de un valor mítico positivo, que hace de la muerte una nueva fuerza para la vida. Y que esta conexión positiva (que va del erecto mausoleo heroico *de los setenta* al extenso mármol llano *de los ochenta*) resulta hermética e impermeable para las mentiras legitimadoras que descarga sobre ella el sistema neoliberal, para el «mito» de la transición ejemplar y también para la «épica» del jaguar criollo. La permanencia, en la memoria social, de esa electricidad positiva mantiene distante y negativo el polo sistémico (gobierno democrático incluido), que día a día descubre su congénita impotencia para tornarse heroico o mitificarse positivamente. Sus esfuerzos en este sentido —casi todos catapultados a través de la televisión— rebotan en el doble estrato de la memoria social, se refractan en su ángulo interno y se pierden en un firmamento transliberal, yendo más allá del sistema vigente.

Desde 1992 se ha hecho evidente que la mayoría de las políticas «legitimadoras» del Estado chileno bajan, rebotan y se proyectan a un vacío que, a todas luces, se sitúa «a espaldas» del sistema dominante. ¿Cómo se ha llegado a esta situación? ¿Cómo y de qué modo los sobrevivientes de la «baja» sociedad civil chilena han llegado a articular su memoria histórica de esa manera? ¿Cómo ha sido la transición ciudadana que ha reptado subterráneamente bajo los pies de la 'aclamada' transición política?

Los sujetos (sobre todo populares) cuando recuerdan, no escriben libros ni memorias. Proceden de un modo más simple y directo que los intelectuales: se juntan, y hablan. Intercambian experiencias y los sentimientos que se ligan a ellas. Constituyen, sin apuro, redes orales. Circuitos verbales por los que canalizan

no sólo información, sino también opiniones, deseos, rabias, utopías. Espacios de cursivos, zonas de agrupación e identidad comunal. La memoria se ensancha por una red de vasos comunicantes, hasta convertirse en un caldo de cultivo, en el que se 'ensayan' diversos diagnósticos y diversas interpretaciones de la realidad. Al interior de la memoria social, bulle un intenso ensayismo oral, que crea y busca espacios de discusión y liberación, donde instalar su desarrollo. Durante los ochenta, creó, buscó y se instaló en una red de espacios propios: las esquinas, las ollas comunes, los patios universitarios, los atrios de las parroquias, las peñas de barrio, los talleres artesanales, etc. Las ONGs (las de «segunda generación») y las vicarías pastorales acogieron y expandieron ese ensayismo oral, llevándolo incluso a perfilarse como un foro nacional (caso notable fue el papel jugado en este sentido por las instalaciones arzobispaes de Punta de Tralca).

Durante los años ochenta, el ensayismo oral fue extenso e intenso. Y es un hecho probado que giró en torno a las capacidades de resistencia y reconstrucción identitaria de los sobrevivientes. Potenciando y desarrollando el segundo estrato mítico de la memoria social. Sosteniendo la realización de 22 jornadas de protesta nacional, pese al altísimo costo en vidas, exclusión y represión que significó esa «gesta». Y echando las bases para una (posible) «óptima» participación popular en el (posible) proceso de democratización del ilegítimo Estado legalizado en 1980.

La transición política a la democracia, tal como fue pactada y tal como ha querido ser mitificada, resultó, por ello, un insulto y una agresión a las «capacidades ciudadanas» construidas en la década de los ochenta, que el ensayismo oral había convertido en un segundo, aunque anónimo monumento, en mitificación. Insulto

que produjo, desde 1992, el llamado «descanto». Que, en la memoria popular, adscribió la llamada «transición política» a la estela mítica negativa del régimen dictatorial instaurado por Pinochet. Adscripción que se ve hoy ratificada por el vaciamiento de la memoria oficial.

II

La actual articulación de la memoria social (popular) es, en perspectiva histórica, excepcional. Nunca antes se había producido una triangulación semejante (entre dos estratos de recordación popular con electricidad positiva y un sistema con memoria oficial negativa) que, según se observa, deposita el poder de historicidad en el polo popular y no en el de las clases políticas (civil y militar). El caso más similar fue, tal vez, el de la oposición civil al régimen autoritario de Manuel Montt, a mediados del siglo XIX, que concluyó en un imparables —aunque lento— proceso de liberalización democrática.

El problema actual consiste, pues, en desenvolver el enorme «capital histórico» contenido en la articulación de la memoria social, a efectos de impulsar un también «imparable» proceso de democratización del actual régimen. Al momento, los esfuerzos del régimen tienden a rebotar en el ángulo recto de la memoria social, y el rebote, a ir más allá del sistema vigente, en una clara dirección transliberal. Dirección reconocible, pero, hasta ahora, vacía de contenido. Todo indica que es necesario dar un blanco a esa dirección, y llenar ese vacío.

El «ensayismo oral» de la baja sociedad civil, durante los ochenta y comienzos de los noventa, echó las bases recordatorias que producen el rebote transliberal. ¿Podrá también definir el blanco y llenar el mencionado vacío que dan real sentido histórico a los «rebotes»? ¿Quién

podrá acompañarlo en esa compleja tarea, no estando a su lado ya las ONGs (convertidas hoy, en su mayoría, en consultoras de mercado) ni las vicarías pastorales (convertidas hoy, por orden superior, en promotoras de beatos)? ¿Serán los académicos de siempre, la vieja universidad? ¿Serán, acaso, las consultoras o su máximo jefe: el Banco Mundial?

Definir el blanco y llenar el vacío transliberal puede no ser una tarea intelectual (o histórica) simple. Para algunos, ésa no es una tarea sino una constatación: la de que más allá del tiempo neoliberal no hay más tiempo histórico, sino el vacío onírico de la posmodernidad. Para otros, la situación es favorable para dar «otro» salto teórico a la abstracción, adelantándose, como audaces Ícaros, a la estela fugaz de los rebotes transliberales. Y no son pocos los que quisieran extender hacia el futuro los macro-nortes políticos del pasado.

Se observa que todos los intentos de ese tipo son prácticas *free lance* de intelectuales de perfil clásico: ignorar del hecho de que la masa ciudadana (popular) ha aprendido a reflexionar sobre sí misma y a producir, por vía oral, lateralmente, sus propios «ensayos históricos»; que ha aprendido a configurar una sorprendente fortaleza recordatoria con una precisa disposición de bloques que refracta el modelo de modo tal que genera «espacios de futuro» (no del modelo, sino de la masa ciudadana); que el funcionamiento actual de la memoria social configura —con la anuencia o no de Kuhn— un paradigma cognitivo propio, *sui generis*, que se opone y compite con los paradigmas académicos y consultoriales; que es desde este paradigma donde tiene sentido práctico real plantear el apotegma de la «construcción social de la realidad» o, al menos, de esa construcción que lleva a la profundización de la democracia; y, en definitiva, que para acompañar y potenciar la diná-

mica histórica de «esta» memoria social es indispensable producir, en la práctica propia, una virtual revolución de lo que se entiende por «teoría crítica».

Si la producción de la realidad es y debe ser social —que es lo que indica la lógica de la memoria social—, entonces producir el blanco y llenar el vacío no necesita de modo perentorio el «salto a la abstracción», el vuelo teórico puramente lingüístico, la disquisición erudita de biblioteca, la escritura sofisticada de la vieja academia. El punto de arranque está definido, hoy, por la oralidad que une y enreda a los actores civiles y que, cotidianamente, preside la construcción de sus acciones. Dinámica lateral que avanza en zig-zag o en espiral, paso a paso, pero no en vuelos de Ícaro (para fundirse en su propio sol), que crece como cultura popular y ciudadana, no a saltos de langosta, como escuela local para ciudadanos, no como asesoría erudita para líderes (nacionales).

En la historia de Chile, cuando los rebotes ciudadanos explotaban en vacíos a retaguardia del régimen vigente, los académicos se apresuraron a escribir iluminadores «ensayos históricos», de clara composición «historiográfica». Es el género inaugurado por Francisco A. Encina en 1911, continuado por Alberto Edwards en 1927, Domingo Melfi en 1931, Julio César Jobet en 1949, Anibal Pinto S.C. en 1956, Jorge Ahumada en 1957 y Mario Góngora en 1981, entre otros. Intentos que buscaban sistematizar la «memoria pública» y orientar la acción política. Escritos por individuos que, con ello, incrementaban el currículo de su carrera académica o, simplemente, el prestigio de su genialidad. Ninguno de ellos —salvo, quizás, Melfi y Jobet— se instaló en la memoria social (popular) para potenciarla desde dentro y hacer posible aquello de la «construcción social (ciudadana) de la

realidad». La historiografía de Chile, en tales circunstancias, operó como una agencia de la memoria pública, que articuló la posición y lógica «profesional» de los historiadores, la posición y lógica «nacional» de los actores políticos y la posición y lógica de la nación (entendida esta última como el «sujeto general» de la investigación y la reflexión).

Desde 1981 (año en que se editó el ensayo de Góngora), la tendencia de la intelectualidad crítica chilena ha sido, de modo predominante, reproducir ese mismo modelo ensayístico. La famosa «transición» fue pensada y orientada de ese modo (ver los ensayos de Eugenio Tironi, Guillermo Campero, Manuel A. Garretón, etc.). La consolidación de la «democracia neoliberal (en rigor, la luchó por la «gubernabilidad» neoliberal de una sociedad refractaria a la amnesia provocada) se ha regido por ensayos del mismo tipo (ver los trabajos de Eduardo Boeninger, Patricio Aylwin, etc.). El despliegue constructivo de los rebotes transliberales, ¿debe también regirse por ensayos de composición historiográfica que piensen la nación como nación?

III

En julio de 1997, Tomás Moulian publicó el que, tal vez, sea el más incisivo de los «ensayos historiográficos» registrados en la historia del país. Más incisivo que el de Encina, que se limitó a denunciar una suerte de enfermedad de la «raza nacional»; o el de Edwards, que denunció la simpática patología política del «alma aristocrática» del país; que el de Pinto, demasiado centrado en la «estructura económica del país» como para ser útil a la masa ciudadana, e incluso que el de Góngora, que, zarandeado por la misma erudición historiográfica del autor, terminó adorando —como el viejo cicambro me-

rovingio— lo que pretendía quemar: el Estado Pretoriano (o «guerrero», en sus palabras) que reencarnaba Pinochet cuando Góngora escribió el libro.

¿Por qué el ensayo de Moulian resultó más incisivo (y superventa) que sus antecesores? ¿Es que su intelecto individual «es» más agudo e incisivo que el de los otros ensayistas? Es probable que sí. Pero también es probable que la configuración actual de la memoria social (popular) tiene, con respecto al Estado y al Mercado que definen hoy «la nación», ribetes y características que nunca tuvo antes. La polarización mítica positiva de la memoria social y la polarización mítica negativa del sistema neoliberal crean una tensión valórica y pre-teórica clara y distinta, diferenciada y dicotómica, que «instan» al intelectual crítico a desplegar un discurso historiográfico de alto «chisporroteo» crítico y amplio respaldo en el polo «positivo». No hay duda de que la crítica de Moulian recoge la polarización y desnuda en toda su extensión y profundidad la mitificación negativa del modelo vigente. Sistematiza —con un lenguaje ágil y un análisis multidisciplinario— el anti-mitologismo que aqueja a ese modelo. El anti-heroísmo de su ilegitimidad. La barbarie de la «construcción militar de la realidad» y lo grotesco de las «jaulas de hierro» en que se debaten, frente al mundo, las fierecillas domadas de la transición y la democracia civiles. De paso, critica los errores históricos de las periclitadas «formas teóricas» de construir políticamente la realidad (la crítica de la Unidad Popular y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria sume la memoria de estos movimientos, más o menos, en el mismo polo anti-mítico donde se arrincona al régimen de Pinochet).

No hay duda de que el ensayo de Moulian ha contribuido a perfilar y aun sistematizar el vaciamiento de la memoria oficial de la nueva «democracia». Y con

ello, a definir los campos magnéticos de la historia y la política. En este aspecto, su trabajo cumple de hecho los objetivos que define en sus dos epílogos: 1) «describir procesos de lucha política», y 2) «analizar el presente a través del pasado», a efectos de construir un «poder-saber» utilizable para la «acción sobre la realidad social» (que «es siempre una praxis política»). El trabajo analiza la polarización del campo político desde antes que se instalara la polarización actual y constituye un saber que apunta a alimentar la acción política perfilando con máxima definición la «mitificación negativa» no sólo de la democracia pretoriana actual, sino también de la vieja izquierda marxista.

¿Hasta qué punto la «conciencia historiográfica» —presente en los objetivos de este ensayo— es útil para desenvolver en pleno la historicidad latente de la memoria social (actual)? ¿Hasta qué punto el imperativo académico de «objetividad», de «consistencia lógica» y de «erudición bibliográfica» es útil al despliegue de esa memoria? ¿Cuáles son sus límites y cuáles las adaptaciones que de ese imperativo cabe hacer? ¿Debe el intelectual crítico —que actúa por sí y ante sí, pero en consistencia con la normatividad epistemológica de la «teoría crítica»—, para hacer posible la producción social de la realidad, asumir más de lleno el paradigma cognitivo ínsito en la configuración autónoma de la memoria social?

Como quiera que sean las conveniencias o deberes epistémicos (o políticos) del intelectual crítico en tanto que tal, lo que es históricamente relevante en la situación actual de la «baja» sociedad civil chilena es que sus rebotes transliberales siguen difuminándose en el vacío del firmamento transliberal, como un poder constructor de realidad que opera con «capacidad ociosa», como una matriz que gasta su productividad en criaturas fuga-

ces, virtuales, de alevé historicidad eco-gráfica. ¿Por qué los intelectuales chilenos tienden a obviar la alevé trayectoria de esas criaturas? ¿Por qué no reconocer en ellas el inicio de la producción social autónoma de la nueva realidad, la reproducción y despliegue de la carga positiva que nutre hoy como nunca antes la memoria social del «bajo pueblo»? ¿Por qué detenerse tanto en esculpir hasta el último detalle la mitificación negativa del enemigo, en construir la neutralización mítica de los errores propios y apuntar todo el tiempo al polo negativo de la lucha?

Con ser y todo un trabajo notable, el posicionamiento epistémico de Moulian —la atalaya multidisciplinaria del intelectual clásico que reflexiona sobre la historicidad presente— y el blanco de su ejercicio crítico (la desmitificación de los errores políticos pasados y presentes), contribuyen a cartografiar con nítida pre-

cisión el magnetismo antagónico que estructura hoy la memoria pública en Chile, pero no sustentan historiológicamente los rebotes transliberales que se proyectan, día a día, desde la memoria social (popular), sobre todo desde la «losa anónima» que construyeron los actores populares entre 1978 y 1992.

El ensayo de Moulian culmina y cierra, sin lugar a dudas, el ciclo de los «ensayos historiográficos» que definieron las antinomias de la espúrea transición política a la democracia. Pero también, indirectamente, inaugura el ciclo de los ensayos historiológicos que contribuyan a desplegar y desarrollar, como un producto social, lo hecho hasta aquí por el «ensayismo oral» que hace ya más de una década ha estado practicando la masa popular en el marco de una «transición ciudadana» que apunta a un futuro modelado por el pueblo mismo.

CÓMO SE LLEGA A SER LO QUE SE ES

Willy Thayer

A medida que uno se interna en la lectura de este libro, bajo el compromiso de emitir un juicio y proponer una lectura posible, constata, mientras avanza en la lectura, cómo la superficie del texto va siendo colonizada por anotaciones, subrayados, y demases. Inerme, como un cataléptico en su almidón de negro contra blanco, el pobre libro va siendo arrasado, re-escrito, producido por la lectura. Así, al llegar a la última frase «ahora quiero acordarme del porvenir», frase con la que el libro se cierra sobre sí, queriendo abrirse, a la vez, más allá de sí mismo —incidiendo en una historicidad esperanzadora— pareciera que

ya no hay cómo diferenciar lo que el libro «dice», de lo que la lectura que uno ha hecho «dice» que el libro dice. Pero se sabe, sin embargo, que una lectura, no es más que una lectura entre otras. El silencio impávido del libro sobre la mesa de disección, habla de las lecturas que se reserva, de lo no dicho en lo dicho incluso para el propio autor. Y desde esas posibilidades que se guarda te mira lacónicamente, marcando la diferencia entre su significante y los significados que uno le roba o le regala a medianoche. Pero si el libro escapa a una interpretación, no puede escapar, sin embargo, al devenir de sus